

Cartas sobre la educación de la mujer.

1- RT 98 (1880), 35-37; EEO III, 885-887

A mi amiga Teresa B.

Mi distinguida amiga: Aún recordarás con satisfacción los buenos ratos que pasamos juntas en el colegio durante aquellos tres años que, sin duda, fueron los más felices, por lo tranquilos, de nuestra vida.

¡Fueron, he dicho! ¡Cuán sensible es que el tiempo pasado no vuelva! Otra vez pasaríamos tres años más y, si nuestros padres nos lo permitieran, toda la vida en aquel santuario de la virtud y del saber. Pero hoy vivimos ya en el gran mundo, aunque un tanto alejadas de él; pero de todos modos metidas, aunque sea sin quererlo, mil veces en medio de él.

Tú, madre ya de familia, a quien el Señor ha concedido esas tres niñas hermosas como ángeles, vives aún más ligada con el mundo que no tu antigua amiga.

Me dices que te complazca, y lo hago, mi querida amiga; si bien debes tener a gran dicha el haberte el Padre celestial concedido la gracia de participar de algún modo de su paternidad, pudiendo como Él exclamar al dar un tierno abrazo a tus hijas, como sólo la madre cristiana sabe con perfección hacer: Tú eres mi hija muy amada; yo te engendré.

Esta dicha bien puede de algún modo compensar los disgustos que acarrea el delicado e importantísimo cargo de madre de familia, el cual si cumples con fidelidad ha de valerte un reino de gloria, donde podrás exclamar gozando de tu Dios y de la vista y compañía de tus queridas hijas: Vosotras sois mi gozo y mi corona.

Me pides además que te instruya, o que te dé reglas fijas para dirigir tú misma la educación de tus hijas, formando a Cristo Jesús en su entendimiento y en su corazón. Ocupada, me dices, o mejor, distraída con el gobierno y dirección de la casa, apenas tienes tiempo para meditar cómo debes educar a tus hijas, y mucho menos para releer los hermosos tratados que sobre la educación vinieron a nuestras manos durante los pacíficos años del colegio.

Tanto se ha escrito sobre la educación de la mujer, sobre su trascendencia en la vida social, que apenas hay materia que se haya dilucidado con tanto empeño. Fácil, pues, me será en parte satisfacer tu justo deseo, mi buena amiga, pues convencida estoy de lo importante que es para la felicidad de las familias y de la sociedad la buena y sólida educación de la mujer en nuestros días. Aunque a mano no hubiese otra prueba, me la prestaría muy convincente la diferencia que observo entre las jóvenes que recibimos esta sólida educación y las que ofrecen nuestras amigas, más instruidas si se quiere, pero que las pobrecillas no tuvieron esta dicha.

Por lo que pasó y pasa en nosotras, por los apuntes que tengo hechos ha mucho tiempo y conservo aún, y lo que he leído y voy leyendo, podré tal vez acertar en algo; y si esto no lograre, tú, que tienes tanta discreción y buen gusto, sabrás discernirlo y distinguir entre la paja y el grano, quemando o despreciando aquella y conservando éste en las trojes de tu feliz memoria.

Además, ya sabes cuánta ha sido y es mi predilección por las niñas, desde que supe que es una señal de predestinación el amor a la infancia, porque nos asemeja a Aquel que bendecía y abrazaba a los pequeñuelos, y se hizo pequeñuelo por su amor, y se enojaba con los que querían apartárselos de su lado, diciendo: "Dejad que los párvulos vengan a Mí, y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos".

Por esta afición y como natural instinto, amo el verme rodeada algunos ratos por estos pequeñuelos y oír sus preguntas curiosas al apuntarles el uso de la razón, y estos ratitos asaz cortos son los más felices de mi vida, porque a medida que voy conociendo el mundo, mi buena amiga, me voy convenciendo más de que estas almas tiernas son las únicas personas de bien que hay acá en este valle de lágrimas. Son ángeles, y siempre es más satisfacción para el alma tratar con ángeles que con demonios, o cuando menos con gente que el menor mal que te hace es roerte la honra y fama.

Bien haces en pedirme reglas fijas para dirigir con acierto el rumbo de la vida de tus hijas en medio de este inconstante mar, pues es lo primero que necesitamos, y su carencia la fuente de todos nuestros desaciertos.

La mayor parte de las mujeres, ha dicho La Bruyère, no tienen principios fijos: sólo se guían por el corazón, por las impresiones del momento, y como éstas se suceden con suma rapidez, de ahí la variedad o, mejor, la inconstancia en todas nuestras cosas.

Estos principios fijos es lo que necesitamos las mujeres para adquirir perfecta educación, y éstos, con el favor de Dios, irá desarrollando en la serie de cartas que se propone dirigirte tu mejor amiga.

Lorenza.

2- RT 103 (1881), 183-187; EEO III, 888-892

Mi querida Teresa: No extrañes mi prolongado silencio. Son tantos los quehaceres que se han amontonado en estos tres meses sobre mí, que ha habido días que me he visto forzada a exclamar al verme agobiada con tanta barahúnda de negocios, como la gran mujer e incomparable heroína Teresa de Jesús, aunque no con su espíritu:

Sólo esperar la salida

Me causa un dolor tan fiero

Que muero porque no muero.

¡Ay! ¡qué larga es esta vida!

¡Qué duros estos destierros!

¡Esta cárcel y estos hierros

En que el alma está metida!

Pero en cambio te prometo resarcir con creces mi falta involuntaria en los meses próximos, Dios queriendo. porque, amiga mía, cada día me voy más convenciendo que quien sea dueño de la educación será dueño del mundo, que es la única cosa o la más principal que debe llamar la atención de todos, en especial de los padres de familia y de los gobernantes. Aunque no fuese por otra razón que por el empeño que ponen los malos en apoderarse de la educación de la niñez y juventud, deberíamos movernos a procurársela buena a todos a costa de todo sacrificio. Por eso he recibido gran placer al ver tus buenos propósitos, y tus elevados deseos, que voy a satisfacer en cuanto de mí dependa.

Mi intento es formar la mujer según el tipo o modelo que nos ofrece la sin par Heroína española, Milagro de su sexo, Virgen y Madre espiritual fecundísima, la gran Santa, la gran Mujer, la incomparable Sabia, Teresa de Jesús. Creo que en sus ejemplos y sus enseñanzas hallaremos el más acabado modelo de la mujer fuerte, que desea el más sabio de los reyes.

Como no quiero, por otra parte, que se nos tache de ligeras, antes al contrario, deseo que las que se formen en la escuela del Corazón de Teresa de Jesús, el mejor tipo, como decía, de la mujer católica y española, no se conduzcan por el corazón, que raras veces es buen consejero, o por las impresiones del momento, sino por principios fijos; de ahí es que voy a dar comienzo a mis trabajos sentando los principios generales y particulares de la perfecta educación.

Estos principios generales serán los fundamentales, las bases de este soberbio edificio llamado educación, el cual sin ellas no podría de ningún modo levantarse. Además, serán tu mejor guía, y como un faro luminoso en esta noche de tinieblas del siglo actual, que te guiará con seguridad en el cumplimiento de tus deberes maternos, asaz difíciles y trascendentales.

No impresiones sensibles, sino razón y moral, exige el más grande genio del siglo actual, nuestro inmortal Balmes.

El principio de la verdadera educación es el siguiente:

La educación debe ser o es esencialmente religiosa, de modo que sin religión no es posible la verdadera educación.

Emprender la educación de la juventud sin la base de la religión, es pretender fundar un soberbio monumento sobre el vacío, la nada.

Los legisladores de todos los pueblos han reconocido que no podían dar sanción más eficaz a sus leyes que la sanción religiosa.

Montalembert decía en uno de sus arranques en la Asamblea nacional (17 de enero de 1850): "Y bien: nosotros queremos proponer el remedio al estado actual de cosas, y el remedio es hacer entrar la Religión en la educación... el remedio consiste en la educación religiosa".

"Un plan de educación pública fundado sobre las bases de la moral y religión encierra el primer elemento de estabilidad y grandeza" (Mr. Beugnot, 6 de octubre del año 1849)

"Ya es tiempo que las teorías desaparezcan delante los hechos. No puede haber una buena instrucción sin educación, buena educación sin religión. Los profesores enseñan en el desierto, porque imprudentemente han proclamado que no se ha de hablar de religión en las escuelas" (Portalís)

Así vemos que en todas las naciones los legisladores aparecen en conminación con la Divinidad. El pueblo de Israel, en tiempo de Moisés y Josué era gobernado por los caudillos, como ministros de Dios. Los gentiles fingían en Roma, Atenas y Lacedemonia que comunicaban con la Divinidad y al islamismo todo entero descansa sobre la intervención de Alá y de su profeta.

¡Qué fuerzas, pues, no tendrá la educación fundada en las verdades religiosas! Por eso se ve que todas las personas que han sido educadas religiosamente son las que conservan mejor los frutos de la verdadera educación católica.

Porque, amiga querida, la educación y la religión no tienen otro fin que perfeccionar el hombre, todo el hombre. Así como la verdadera Religión se dirige al espíritu, al corazón y a los sentidos, la verdadera educación es la que cultiva a la vez el hombre moral, intelectual y físico.

Hay, pues, una dependencia recíproca, una identidad real entre la religión y educación. Nacen de una misma fuente, corren parejas una y otra. De modo que la religión, en su acción general, debe ser considerada como la educación general de la humanidad: y la educación en su acción particular no puede ser más que la religión aplicada a cada individuo.

Donde impera la religión católica se encuentra al mismo tiempo lo que constituye el fondo, la base de toda buena educación, que es el respeto. Hasta los mismos protestantes lo reconocen. El célebre Guizot afirma que el Catolicismo es la escuela más grande o perfecta del respeto. Y este sentimiento jamás penetra en ningún corazón que no vaya acompañado de alguna perfección o perfeccionamiento. Si repetimos sin cesar a los niños que la autoridad de los padres, maestros y superiores es la autoridad misma de Dios, ¿no se reviste esta autoridad del carácter más augusto y poderoso?

“Si el respeto filial es de naturaleza religiosa, las dificultades de la educación se allanan y casi desaparecen”, dice la Sra. Necker. Véase, pues, amiga mía, cuan mal hacen los que tratan de desterrar o en hecho destierran la Religión de la educación. Con esto lo que logran exclusivamente es falsear o destruir la educación, formando una generación semi-salvaje.

¿Me preguntas por qué tus hijos necesitan de educación? Y te diré, amiga mía, que es porque necesitan ser perfeccionados. Dios creó al hombre recto, lo creó a su imagen y semejanza; pero el hombre se torció y cayó, apartándose del bien verdadero, que es Dios, para inclinarse a la criatura.

Enderezar esta torcida inclinación, levantar al hombre de su caída, tal es el deber y el fin de toda educación.

Bien lo sabes tú, mi buena amiga, lo que fuimos y lo que somos, y si alguien nos es molesto y nos sirve de continuo ejercicio de paciencia, es sin duda nuestro pobre corazón. Vemos lo mejor, lo aplaudimos, y no obstante abrazamos en la práctica lo peor.

“Somos más incomprensibles sin el misterio de la caída o culpa original, ha dicho un escritor que el mismo pecado original”. Por eso no des oídos a los pedantes que no cesan de proclamar el progreso, la perfección del hombre. Se conoce que los tales no han sondeado su corazón. Pongan la mano en el pecho, y la sacarán cubierta de lepra.

¿A qué, pues, deben dirigirse todos los esfuerzos de la educación? A mejorar el niño o la niña a levantarlo de su degradación nativa, a reformarlo según del tipo o modelo más perfecto, a restablecerlo en sus relaciones con Dios, con el hombre y consigo mismo; a obrar un cambio saludable en sus sentimientos, ideas, hábitos, etc., tal es el deber inmenso de todo maestro que educa a los niños. ¿Cómo hacerse esto sin intervenir la influencia de la Religión? Imposible. Mas concedamos que la Religión es la que dirige la educación, y todo esto lo hallaréis hecho. La Religión ilustra las inteligencias con la verdad de sus dogmas, dirige la voluntad por la autoridad de sus preceptos, purifica el corazón por la unción misteriosa de su gracia, refrena las pasiones, destierra los vicios, y con esto el niño se dirige hacia el bien perfeccionándose.

El hombre, pues, será más feliz cuanto sea menos imperfecto, y en su consecuencia la mejor y más verdadera educación es la que le libra con más eficacia y prontitud de sus defectos y le vuelve más semejante a Dios que le ha criado y por consiguiente sólo la Religión puede dirigir al niño a esta perfección divina.

¡Oh, amiga mía! La inteligencia del niño tiene apenas una luz vacilante y muy insegura, ¿qué faro habrá, pues, más luminoso y seguro para dirigirle que el de la luz de la fe? Anda el niño en un mar tempestuoso, ¿a qué puerto más seguro y hospitalario podemos dirigir su corazón que al seno mismo del más amoroso Padre, que es Dios?

En resumen, mi estimada amiga, el deber, el fin primordial de la verdadera educación es levantar al niño de la degradación del pecado original, preservarlo del contagio del vicio, hacerlo triunfante de sus malas inclinaciones, proteger su inocencia contra las seducciones del mundo, excitar en su corazón el amor del deber y el sentimiento de la virtud; conservar o dar a sus facultades morales toda su pureza, toda su energía, o para que lo diga en una sola palabra, el fin de toda verdadera educación es formar a Cristo Jesús en la inteligencia y en el corazón de la niñez, perfeccionar su borrada o afeada imagen por el pecado.

Pero me hago ya pesada, y esto merece ser tratado con alguna detención.

Adiós, Teresa, querida mía. El te guarde tan santa y perfecta como lo pide todos los días tu mejor amiga,
Lorenza.

3- RT 104 (1881), 216-219; EEO III, 892-895

Mi inolvidable amiga: Me dices que el encabezamiento de mi carta ha causado extrañeza a tu amiga Elisa, que con otras critica que añada al nombre de Jesús el de Teresa.

Pues díles, amiga mía, para acallar tan necias o maliciosas críticas, que con esto no hacemos otra cosa que seguir el ejemplo del doctor de la Iglesia san Alfonso María de Liguori, el que en su amor acendrado a la Heroína española, al nombre de Jesús, María y José une el de Teresa de Jesús en el encabezamiento de sus cartas y aun en algunos de sus libros, como es las *Glorias de María*, donde dice así: “viva Jesús, María, José y Teresa!” La Iglesia santa, tan escrupulosa al examinar los libros de los Santos, no ha reprendido ni criticado al Santo por esta práctica. Pues que no sean más escrupulosas que la Iglesia nuestra santa Madre, esas tus amigas, y déjennos en paz a los que tomamos por modelo en esta parte a un santo Doctor de la Iglesia.

Es verdad que los que no aman con ardor al Serafín del Carmelo, no comprenden este entusiasmo por unir al nombre de Jesús el de Teresa; pues díles que la amen, y entonces comprenderán lo que digo.

Cómo san Alfonso María amaba con tan singular amor a nuestra seráfica Doctora, y que además se sabía de memoria todas sus obras, apenas se hallará página de sus celestiales escritos donde no se halle el nombre y doctrina de nuestra incomparable Doctora.

Escribe, pues, conmigo, amiga mía, y dalo a entender así a todas tus amigas, siguiendo el ejemplo de este santo Doctor, al empezar tus cartas y tus escritos: ¡Viva Jesús, María, José y Teresa de Jesús!

Con ello darás una muestra de tu fe y amor a tan santos objetos, y ganarás muchas indulgencias cada vez que lo repitas en la tentación, adversidades y demás actos de tu vida. Pero basta. Basta de digresión, y vamos a entrar en materia.

La educación, para ser completa y perfecta, decíamos en la carta anterior, debe estar basada en la Religión, en la fe, pues sin ella es imposible desarrollar un plan perfecto de educación y que dé todos sus apetecibles frutos. La razón, además de lo que indicamos en la carta anterior, es obvia.

En el santo Bautismo, como enseña el concilio de Trento, se nos infunden los hábitos de la fe, esperanza y caridad y demás virtudes, hábitos que han de desarrollarse al suave calor y rocío de una educación cristiana. Creer, esperar, amar, son tres necesidades del corazón humano, y más aún del cristiano; y todo lo que ayude a fomentar esta fe, esperanza y amor, ha de dar frutos fecundísimos de virtud y de salvación.

El apóstol san Pablo, modelo perfecto de los grandes pedagogos, decía en una de sus Cartas: “Hijitos míos, a quienes doy otra vez a luz, hasta que se forme Cristo en vosotros”. He ahí el fin de toda educación cristiana, que no puede lograrse sin la ayuda de la fe, de la Religión.

Los que no creen, o no piden su concurso a la religión cristiana para educar a la niñez, podrán moverse mucho, instruir mucho, mas no educarán con perfección a sus encomendados. Trabajarán mucho, pero sin apoyo: mucho se fatigarán, pero con resultados nulos. No se consagran a formar la imagen perfecta del Niño Jesús en las almas de los niños, afeadas por el pecado; no dirigen su mano a acentuar más y más y a que sobresalgan los perfiles de esta imagen perfecta del Hombre Dios, grabada en el interior de su alma, como dice san Agustín, y de ahí proviene que los niños no corrigen sus malos hábitos o inclinaciones viciosas, antes al contrario, con la instrucción reciben las más de las veces mayor impulso o desarrollo, favoreciendo sus perversos instintos.

Les sucede a estos pedagogos lo que decía de los filósofos gentiles san Agustín: que daba grandes pasos, pero fuera del camino; y así cuando más andaban, cuanto más se fatigaban, más lejos se hallaban de lo que pretendían o deseaban.

Jesucristo lo ha dicho, y su palabra no puede faltar: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”; y sin camino no se puede andar, sin verdad no se puede entender, sin vida no se puede vivir, o no resta más que muerte eterna. He ahí el fin que está reservado a las generaciones educadas en las escuelas sin Dios y sin Cristo Jesús; he ahí los frutos de perdición que hoy día gustamos, la causa del malestar profundo de la sociedad actual. No sería jamás el hombre hijo de su obras si antes no lo fuese de sus ideas.

No lo haces tú así, amiga mía. Ya sé que todo tu afán es hacer a tus hijos religiosos; pero tal vez no te habías formado esta idea de la educación.

¡Oh!, ¡cuán hermoso es para una madre cristiana, al contemplar a sus tiernos hijos que crecen en torno suyo como los retoños del frondoso olivo, según expresión del Real Profeta; cuán hermoso es, digo, descubrir bajo las formas de aquellos cuerpecitos agraciados la imagen del divino Niño Jesús

que está grabado en su alma, y que quiere, pide a los padres y maestros que le ayuden a desarrollar todas sus gracias en aquellas almas inocentes, que Él ha comprado y lavado y hermoseedo con su sangre! Con esta consideración, ¿qué madre habrá que se canse de repetir con san Pablo, al corregir a sus pequeñuelos para hacerlos buenos: “Hijitos míos, que tanto me costáis y que yo he de volver a daros a luz otra vez con hartos dolores hasta que se forme Cristo Jesús en vosotros, sed buenos, sed santos!” ¡Cuán fácilmente los educará, poseída de este espíritu de fe! ¡Con cuánto amor los amará! ¡Cuán feliz se contemplará al verse rodeada de sus hijuelos que, aunque traviosos e inquietos, van creciendo en edad, en sabiduría y gracia, merced a sus desvelos, delante de Dios y de los hombres!! Oh, cómo exclamará ya con un gozo anticipado del que ha de tener en el cielo: Vosotros sois, hijos míos, mi gozo y mi corona!

Sólo por esta dicha, amiga mía, a veces asoman casi deseos, que yo califico de tentaciones, que me mueven a envidiar esta felicidad de las madres de familia. Mas los califico de tentaciones, he dicho, pues en lugar de tener como tú un número determinado de hijos a quien educar, el Señor me ha confiado algunos centenares, que irán aumentando así que se alargue la vida.

Hasta la tuya, querida amiga.

Adiós, mi amiga Teresa. Jesús y su Teresa te guarden con tus hijos en su amor y gracia, y os hagan tan santos y felices como les pide todos los días tu mejor amiga, Lorenza.

4- RT 105 (1881), 244-247; EEO III, 895-899

He recibido, mi buena amiga, tu favorecida del pasado mes, y veo en ella que te admiras de la idea que te doy de la educación perfecta, que no es otra que formar la imagen de Jesús en el corazón de la niñez. Me dices que nunca te había asomado siquiera la idea de la educación, y por siguiente, que nunca habías apuntado tan alto.

Ya sé, amiga querida, que es raro, muy raro encontrar almas que sepan elevarse sobre el vulgo y considerar las cosas con espíritu de fe, sobre todo en estos tiempos que apenas hay fe en las almas; pero no deja de ser verdad por eso cuanto en mi interior te indicaba.

También te causan extrañeza mis tentaciones. No te deben causa ninguna, amiga mía, pues por eso las llamo tentaciones y las deshecho y doy gracias a Dios, porque he elegido la mejor parte, y el Señor ha premiado mi sacrificio dándome tanta multitud de hijos, que como san pablo voy dando a luz hasta que se forme Jesucristo en ellos.

Mas prosigamos nuestra tarea de demostrar la necesidad que han de que la educación de la niñez sea religiosa, sacada de la misma naturaleza o condición de la niñez. Las niñas cometen un sinnúmero de faltas secretamente, que se puede decir son las más terribles, las de peores consecuencias, porque tienen su origen en una dejadez interior que hace que la conciencia sea menos delicada y se familiarice con el vicio.

Ahora bien; si quitas el freno de la religión con sus enseñanzas sobre la presencia de Dios que todo lo ve y todo lo bueno ha de premiar y castigar todo lo malo, ¿qué remedio nos queda para atajar este mal? Ninguno, por cierto, al menos que sea eficaz.

Además que nadie ni nada podrá ser capaz de descubrir las regiones misteriosas del alma del niño, y descubrir los pliegues recónditos de su corazón, si no le presta su auxilio la Religión santa que nos obliga a dar estrecha cuenta no sólo de toda acción mala y de toda palabra ociosa, sino de todo pensamiento o deseo malos consentidos.

Además de eso, querida amiga, hay en el corazón de la niñez un instinto innato, una necesidad de creer, de esperar, de amar, que despierta la necesidad de que sea religiosa la educación. Y ¡ay del necio que pretender quiera contrariar o dirigir mal estos instintos! Si no se le ofrecen cosas del cielo en que satisfacerlos, los buscará en las de la tierra, y como el hombre es según lo que ama, de ahí sucederá que será celestial o terreno, ángel o diablo, puro u obsceno, según la dirección o el pábulo que dé a estos instintos; tú misma tan observadora y conocedora del corazón de tus hijos, habrás descubierto ese instinto, esa necesidad en ellos. La necesidad de creer la habrás descubierto en la curiosa avidez con que escuchan toda clase de cuentos o historias maravillosas y sobrenaturales: la necesidad de esperar, en el modo apasionado con que aceptan todo lo que se les promete, aunque esas promesas y estas esperanzas sean quiméricas: la necesidad de amar, en el ardor que muestran por todas las cosas, no digo buenas, sino que tienen solamente una apariencia de bien y les pueden ofrecer a su corazón cualquier satisfacción o gozo.

Ahora bien, si este instinto no es dirigido acertadamente, si es abandonado a sí mismo, si falto de alimento conveniente y saludable se ve forzado a buscar su satisfacción fuera del bien y de la verdad, de la honestidad y de la virtud, ¿qué consecuencias tan desastrosas no traerá?

Al contrario, si diriges este instinto o necesidad al campo de la Religión, ¿qué pastos tan saludables y convenientes no hallarás? Como estos instintos en la niñez cristiana son más bien los hábitos sobrenaturales de la fe, esperanza y caridad que Dios infunde en el santo Bautismo, de ahí es que se hallen en su propia casa, en su propio centro, y les vienen a ser como naturales las verdades reveladas por virtud de estas disposiciones que ha sembrado en ellos el Creador.

Por esto, repito, la Religión y sólo la Religión responde perfectamente a esta necesidad de creer, esperar y amar, y satisface perfectamente al mismo tiempo el espíritu y el corazón del infante.

¿No es verdad, amiga mía, que nunca les tienes a tus inquietas y curiosillas hijas más contentas y atentas que cuando les cuentas algo de nuestra santa Religión? Aún recuerdo con gran consuelo los ratos deliciosos que pasábamos las dos al oír de boca de la buena anciana Miguela la historia de Adán y Eva, y el drama conmovedor de la creación, del paraíso terrenal, y las preguntas que le hacíamos sobre la serpiente, sobre la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal, y la paciencia con que sufría nuestras impertinentes preguntas tan bondadosa y complaciente pedagoga. ¡Cuántas lágrimas de ternura no derramábamos junto al nacimiento o pesebre del buen Jesús! ¡Cuánto odio no se levantaba en nuestro corazón al oír la traición y venta de Judas, y el crimen de los ingratos judíos que crucificaron a su mejor Bienhechor...! Llorábamos a lágrima viva con la Virgen y devotas mujeres acompañando al Señor en su pasión y muerte, y nuestro corazón se henchía de la más pura alegría cuando nos hablaba del cielo, de la felicidad que gozan los Ángeles y Santos, y parecíanos descubrir el trono o lugar que nos estaba reservado al lado de la Virgen y de san José. Pero cuando nuestro corazón latía con más vehemencia y parecía querer salirse del pecho y volar a Dios, era cuanto nos hacía observar que todo esto el Señor lo había hecho por nosotros, como si nadie más hubiese en el mundo. “Así como el sol, queridas mías, nos decía con ternura, así como el sol alumbraba de tal suerte una habitación como si no alumbrase parte más del mundo, así el Señor de tal modo nos ama a cada una de nosotras y nos favorece con su luz y gracias, con la existencia, la vida, como si no hubiese otra criatura a quien atender en este mundo”.

¡Oh!, entonces, ¡qué actos tan vivos de fe, de esperanza y de amor hacíamos cuando nos preguntaba: ¿Creéis, hijas mías, en un Dios tan santo? ¿Esperáis el cielo y todos los bienes de un Dios tan fiel y justo? ¿Amáis con todo vuestro corazón y sobre todas las cosas a un Dios tan bueno? Sin ningún esfuerzo, antes con el mayor gusto decíamos: Creo, espero y amor.

Pues bien, esto que tan natural o fácil por medio de la Religión, dígasenos cómo se podrá lograr en un sistema de educación que no esté basado en la Religión. Dígasenos dónde podremos hallar sentimientos y pensamientos que tengan mayor atractivo para la inteligencia de un niño y que sean más propios para hacer emprender a un corazón tierno el sendero del deber y de la virtud.

Sólo la Religión, querida amiga, ejerce sobre las almas una influencia celestial y divina que hace germinar en ellas todos los afectos nobles, elevados y sobrenaturales. A la manera que la naturaleza produce frutos maravillosos bajo la influencia del sol, así el alma de los infantes, como las plantas, no puede recibir su completo desarrollo, su educación completa mientras no esté viva y crezca y sea cultivada bajo la influencia benéfica de Dios, que es como el sol eterno de las almas. Quita el sol del mundo físico: ¿qué resta más que tinieblas, inacción y muerte? Quita a Dios del mundo de las inteligencias: ¿qué restará, asimismo, más que tinieblas, desorden, muerte eterna? Esto sucede, amiga querida, en las lamas en que no brilló este Sol divino por medio de la revelación, o en las que se cubrieron de negro capuz por el pecado, como dice nuestra seráfica Doctora, y por consiguiente, no reciben ni reflejan sus rayos celestiales.

Lo veremos en la próxima carta si me lo permiten mis múltiples ocupaciones.

Adiós, querida Teresa, Él te guarda en su servicio y amor como lo pide tu mejor amiga, Lorenza.

5- RT 106 (1881), 275-277; EEO III, 899-902

Mi querida Teresa: Continuemos nuestra favorita tarea sobre la cristiana educación.

Decíamos en nuestra anterior, que sin la religión católica no es posible la educación verdadera, mas como dimos las ideas generales y esto conviene lo sepas por principios, permite lo demuestre con más claridad.

Esta Religión sacrosanta está representada con toda propiedad por un lazo de amor que une el alma con su Dios, luego de estar reengendrada por el santo Bautismo; lazo sublime que no se desatará jamás en la vida presente ni en la futura, si la criatura es fiel a la gracia de Criador. Luego, Teresa querida, nada menos que la educación del niño principia aquí, en su bautismo, y como quiera que educar quiere decir levantar, restaurar, perfeccionar, y el hombre no podía levantar a otro hombre por su potencia y degradación, el mismo Dios se toma el trabajo de principiar nuestra reparación y educación a semejanza del hombre herido en medio del camino, de que nos habla el Evangelio; pues

con este sublime lazo nos cura y venda de nuestras heridas, de las que en verdad sanamos inmediatamente; y no contento con esto, después, dando otra forma no menos interesante a esta hija del cielo, la Religión, la pone en figura de antorcha en la débil mano del tierno niño, y como quiera que éste no puede por sí mismo mantener esta luz con su propio caudal, le da protectores, guías y patronos, para que aticen esta luz en su corazón, y la provean de aceite con el fin de iluminarle en el vasto y oscuro desierto que le espera cruzar en este mundo.

Estos patronos, protectores y guías ya ves que no son otros que los padres, pedagogos y encargados de nuestra educación; pero no te ofendas, querida amiga, si te digo que pronto falta el aceite a estas lámparas cristalinas, por no haber una mano cariñosa que en ellas lo derrame, y unas acaban por apagarse, mientras que otras viven amortiguadas o eclipsadas. Debes recordar también que tras este descuido, viene que los niños cometen una infinidad de faltas secretamente, y se puede decir que son las temibles, porque se originan de una dejadez interior que hace que la conciencia sea menos delicada y que se familiarice más con el vicio.

¿Qué remedio buscaremos, pues, para semejante mal? ¿Cómo podríamos descubrir los pensamientos misteriosos del alma del niño, los pliegues más recónditos de su corazón, sino por medio de la influencia poderosa de la Religión? De la Religión, sí, querida amiga, pues los tristes ejemplo que a toda hora nos presenta la historia de tanta multitud de jóvenes que han sido víctimas de la imprudencia de quererse pasar sin ella, así como las circunstancias especiales de nuestro siglo, nos la hacen hoy más necesaria que nunca.

1.º Es más necesario hoy que nunca educar sobre la sólida base de la Religión, porque hay actualmente mayor número de personas que no estudian, ni conocen, ni aman, ni practican la Religión; que viven como si no hubiese Dios, ni paraíso, ni infierno, ni eternidad, o como si no tuviesen un alma que salvar, ni deberes que cumplir; que llevan su insensatez hasta el extremo de impugnar las verdades de la Religión, y de escarnecer a los que la ponen en práctica.

2.º Porque entre estos desdichados hay tal vez algunos a quienes la niña que educáis profesa el mayor afecto, o está a ellos unido por lazos quizá de sangre, y ¿quién sabe si la Providencia ha destinado a esta niña para iluminarlos y reconciliarlos con Dios?

¡Y qué remordimiento no sería el nuestro si dejásemos de cooperar para que pudiera cumplirse tan noble misión! Y ¿cómo podrían cumplirla, si nosotros que los hemos de guiar no fuésemos capaces de dar razón de nuestra fe para avivar la suya?

3.º Porque en los calamitosos tiempos en que plugo a Dios hacernos venir al mundo, esta niña, que vamos a educar, y que todavía el mundo parece no haber penetrado por sus tiernos sentidos, muchas miserias, muchos dolores, quizá grandes infortunios le aguardan en el camino de la vida. Para consolarla no contéis con los hombres, porque sólo la Religión podrá derramar en sus llagas un bálsamo saludable, sólo ella le será fiel cuando todos la hayan abandonado, sólo ella ablandará con sus manos maternales su lecho de dolor: sólo ella, en fin, le dará valor en sus postreros instantes. Mas si no la educáis sobre la firme roca de la Religión, si la mira como una extraña, si no entiende su lenguaje, ni sabe apreciar la bondad de su corazón maternal, ¿qué podéis esperar de ella? Que más o menos tarde beba en dorada copa la hiel de la seducción.

4.º Porque las falsas y pomposas máximas que oírás a todas horas, el relajamiento, la corrupción, la indiferencia general, las mil especies de escándalo que verá a cada paso, la voz seductora de sus pasiones, las terribles tempestades que en breve se suscitarán en su corazón; en una palabra, el mundo, el demonio, la carne, formarán para perderla una alianza, hoy más temible que nunca.

Ahora, pues, mi querida amiga, esta débil niña, esta frágil caña, ¿cómo se sostendría en medio de tantas tempestades? En lo más oscuro de la noche la divina antorcha estará apunto de apagarse, si no halla algún medio de avivarla, encontrando quien le dé nuevo alimento a su llama. Pues bien, este alimento, estos medios están en tu mano y en la mía; el Señor nos los ha legado todos con su gracia, su amor y misericordia, y todos los transmitiremos a la infancia con sólo educarla e instruir la conforme a la Religión de nuestro Dios.

He sido muy larga, pero dispénsame por la necesidad que de estas lecciones tenemos. Consérvate virtuosa y pon en práctica los apuntes de tu mejor amiga en Jesús y su Teresa.

Lorenza.

6- RT 107 (1881), 309-313; EEO III, 902-907

Amiga mía: Voy a concluir con esta carta las pruebas que hasta hoy he aducido para hacerte ver o confirmarte en la idea de la necesidad de que la educación sea esencialmente religiosa, pues sin esto no sería educación.

Un niño, desde su infancia se encuentra sujeto como a dos leyes: una que le mueve a amar a Dios y todas las cosas santas y honestas, a reconocer su autoridad en los que le mandan, y someterse a su

voluntad; otra que teniendo su origen en la concupiscencia desenfrenada por el pecado original, le impulsa a sacudir todo yugo de autoridad, olvidándose de su dependencia de Dios. El primero es elemento divino, digámoslo así, instinto sublime, sobrenatural, que le eleva sobre sí mismo; el otro es elemento humano, instinto rastrero, brutal, que le arrastra por el cieno.

A la maestra que olvide estos principios, que no los reconozca o prescinda de ellos, imposible le será educar bien a sus discípulos. Creerá buenas, perfectas a sus educandas, y a la postre habrá de reconocer su yerro, de consecuencias irreparables.

Al contrario, la maestra que tome por base la Religión en su sistema de educación, al presentársele una educanda reconocerá en ella, por más buena índole que posea, que es hija de Eva, y por consiguiente imperfecta, llena de defectos, y que el Señor se la confía a sus cuidados para que la haga mejor, la corrija, la perfeccione. Y como nada podemos hacer sin la gracia de Dios, acudirá a esta gracia, hará que el corazón de su educanda se abra a las inspiraciones de aquélla por medio de las prácticas religiosas, que se desprenda de sus malos hábitos o inclinaciones para elevarse a Dios y unirse a Él por el temor y amor santo.

De modo, amiga mía que la educación, hablando con propiedad, no es otra cosa que la acción del temor y amor de Dios sobre las almas, amor y temor que, como dice nuestra santa madre, son dos castillos fuertes de donde se da guerra al mundo y a los demonios. Y este amor y temor santo de Dios sólo la Religión sabe inspirarlo. Por consiguiente, estériles serán por lo menos todos los sistemas y ensayos de educación si no tienen a Dios por objeto y a la Religión por móvil. Además de que la Religión, independiente de un carácter sagrado y de la autoridad divina de una revelación infalible, considerada bajo el punto de vista histórico, es el eco más fiel de todas las tradiciones primitivas que interesan la suerte moral del género humano. Y bajo este concepto tienen sus enseñanzas el sello de las relaciones que ha habido entre el hombre y Dios en todos los siglos, y las más preciosas observaciones sobre la naturaleza, el carácter y destino de la infancia. Siendo fiel a estas enseñanzas pueden formarse mujeres perfectas en todas las clases de la sociedad, en todos los estados de la vida, valiéndose de modelos perfectísimos que han existido en todos tiempos, edades y condiciones, formados por la acción benéfica de la Religión.

Hoy día, que tanto se interesan los padres y maestras par que sus hijas y discípulas sean amables, esposas modelos, madres virtuosas, y se presenten en la sociedad cual conviene, sepan que no encontrarán motivos ni medios más poderosos par conseguir este fin que los que suministra la Religión.

No se crea que su moral austera impide el desarrollo de los afectos delicados, de los pensamientos elevados; al contrario, no hay cosa que así los favorezca.

¿Quién más austera que la gran Reformadora de la Descalcez Carmelitana, Santa Teresa de Jesús?, y no obstante, ¿quién ha habido más amable, más tierna, más afectuosa, más diestra en el arte de ganar y manejar corazones? Pues esta sabia Maestra, no contenta con ser ella tan afable, lo encarga a sus hijas encarecidamente, diciéndoles: "Todo lo que pudiéredes, sin ofender a Dios, procurad ser afables y portaros de manera con todas las personas que os traten que amen vuestra conversación y deseen vuestra manera de vivir, y no se atemorizen ni amedrenten de la virtud; mientras más santas, sed más conversables...mucho hemos de procurar ser afables y contentar a las personas que tratamos."

Este es el fruto de una lección de educación religiosa dada por una Maestra de cuya doctrina la Iglesia afirma que es celestial, y por consiguiente preciosa y estimable para los ojos de los que aman las cosas de Dios.

Pero quiero prevenirte, amiga mía, antes de dar fin a esta materia, acerca de un error muy en boga en nuestros días, y es el de aquellos que separan la Religión de la moral, y quieren y trabajan par que su educación sea mora, mas no religiosa. Colegios hallarás, amiga mía, en el extranjero, y no pocos, por desgracia, en nuestra católica España, que tratan de hacer muy buenas a sus educandas sin hablarles palabra de Religión. Eso lo dejan para sus padres o para los sacerdotes. Algunos hay que en sus prospectos hasta lo previene, y los sábados las envían de sus colegios, a donde regresan los lunes, para que, según la voluntad de los padres, cumplan los deberes religiosos sus hijas como ellas juzguen más a propósito. Se habla mucho de higiene, de ciencias y artes, de que las niñas sean dóciles, laboriosas, respetuosas, etc., en estos colegios, pero poco o nada de Religión.

Por eso, amiga mía, vemos que la juventud cada día es peor; que hay una bondad natural, cierta hombría de bien, como se dice, y honradez, pero que se pierde cuando hay algún motivo poderoso que contra ella nos mueve, es decir, que son buenos mientras no tienen una fuerte ocasión de ser malos.

La moral sin la garantía de la Religión es como un código de leyes sin tribunal que las haga observar, ni justicia que premie o castigue.

Las razones o motivos que puedan alegar las maestras para obligar a sus discípulas a la observancia de las reglas de mora, sacadas de la honestidad, utilidad o villanía del acto, poco ascendiente tendrán sobre ellas cuando una pasión violenta o un interés material poderoso choque contra dichas reglas. Además de lo árido y difícil que es persuadir la práctica de los deberes morales, a veces muy costosos al amor propio, por estos solos motivos humanos, hay siempre en contra la falta de autoridad en quien los persuade, pudiendo el discípulo exclamar: Cuando nadie me vea o pueda pedir cuenta de mis actos, haré lo que me plazca: sea mi voluntad la regla de la moralidad de mis actos.

Y éstos son, mi querida amiga, los frutos que gusta la sociedad actual de esta falsa educación. Y ¡ay del mundo! ¡Ay de nosotros si no lo remediamos!

Nadie puede negar, en efecto, que los motivos religiosos son los más poderosos para contener al hombre en su deber, para obligarle a apartarse del mal y practicar el bien: pues si estos motivos a pesar de su eficacia suma, no surten su efecto la mayor parte de las veces, ¿qué harán otros menos o nada eficaces? Si una cuerda de tres dobles se rompe con facilidad, y no puede atar la nave en día de tormenta al puerto de salud, ¿qué hará un hilo de araña en los días de horrorosa tempestad?... Lo que vemos hoy día: perderse la juventud, crecer sin temor de Dios la infancia, y preparar el cataclismo universal que ha de consumir a la sociedad sin Dios, por no tener educación cristiana, en otro fuego como a las ciudades nefandas.

Oremos, pues, al menos nosotros, querida mía, y trabajemos en nuestra esfera según nuestras fuerzas, para evitar tan gravísimo mal. Si tu y yo procuramos que los que el Señor nos ha dado o encomendado reciban una educación sólidamente religiosa, habremos ya en algo disminuido el mal del mundo actual. Y aunque pocas, ¿quién sabe si estas almas serán el contrapeso a la ira de Dios ene l día de la venganza, como los pocos justos que exigía el Señor a su fiel siervo Abraham? Entretanto, demos gracias a Dios por la merced tan grande que nos ha hecho de darnos padres virtuoso y temerosos de Dios, como dice nuestra seráfica Maestra Terna de Jesús, y procuremos con todas nuestras fuerzas, con la oración, con la palabra, con el ejemplo, persuadir a todo el mundo que sin religión no puede haber verdadera educación, y lo que dice nuestra seráfica madre, cuyas máximas copio aquí para mutua edificación e imitación, rogándote las hagas aprender de memoria a tus queridas hijas. Están sacadas del preciosos libro titulado Espíritu de santa Tesa de Jesús, cuya lectura te recomiendo con todo mi corazón.

Son las máximas tercera y siguientes del primer tomo.

“¡Cuán mal hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras!”

“Gran peligro es tratar, en la edad que se han de comenzar a criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él”

“Tengan los padres gran cuenta con las personas que tratan sus hijas jóvenes; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor.”

“Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello no lo pudiera creer. En especial en tiempo de mocedad, debe ser mayor el mal que hace. Querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto.”

“Gran provecho hace a los jóvenes la buena compañía; y tengo por cierto que si trataran en aquella edad con personas virtuosas, que estarían más enteros en la virtud”

Nada pude estar secreto a quien todo lo ve: ¡Oh Dios mío, qué daño hace en el mundo tener esto en poco y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra Vos!

“Se excusarían grandes males, si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros a Vos, Dios mío!

Muy larga ha sido. Adiós, querida mía, Jesús y su Teresa te guarden con tu familia en su servicio y amor, como les pide tu mejor amiga,

LORENZA.

7- RT 108 (1881), 331-333; EEO III, 907-910

Mi querida amiga Teresa: Me dices en tu favorecida última que ya estás convencida plenamente de que sólo la Religión puede ayudar eficazmente a la formación del corazón de la niñez, porque “cansada estoy –me añades- de haber ensayado todos los medios que yo he juzgado más eficaces para hacer a mis hijos buenos, o sea dóciles y obedientes a los preceptos divinos y humanos, y sólo la religión ha podido triunfar de las resistencias que oponen sus corazones inclinados al mal. Premios y castigos, trabajos y amenazas, dulzura y rigor, disimulo y corrección severa, todo lo he puesto a tributo para lograr que e aparten del mal y practiquen el bien; pero todo ha sido poco menos que inútil hasta que han dado oído a la voz de la Religión: sólo entonces han obrado como debían. ¡Oh querida

Lorenza! No hay cosa que más eficazmente refrene los ímpetus de las desordenadas pasiones que el recuerdo de que hay un ojo que todo lo ve, un oído que todo lo oye, un Juez que todo lo ha de premiar o castigar, un Padre que todo lo ha de aprobar o reprobado. ¿Quién, recordando estas verdades, se atreverá a desmandarse, o a pecar? Dadas estas verdades, sólo nos falta la paciencia para educar perfectamente a nuestras hijas.”

Hasta aquí mi amiga Teresa, la que a semejanza de la Santa cuyo nombre lleva, discurre con discreción y acierto consumados. Hoy sólo queremos extendernos sobre lo que apunta nuestra discreta amiga cuando afirma, amaestrada por la experiencia, que después de admitidas las verdades religiosas como elemento esencial o, según se dice hoy día, como factor indispensable para resolver el problema trascendental de la educación de la infancia, sólo falta la paciencia para educar perfectamente a nuestras hijas.

Es verdad, querida mía, que sólo falta la paciencia para educar perfectamente a la infancia después de haberle enseñado las verdades de nuestra santa Religión. Para todas las obras grandes es necesaria la paciencia; pero para ninguna lo es tanto como para educar con perfección.

Pues si los sentidos y los pensamientos del hombre, según el dictamen del Espíritu Santo, están inclinados al mal desde su juventud, colígese de ahí el mucho trabajo que ha de costar el rectificar esta perversa inclinación. Ha de formarse en el hombre como una segunda naturaleza, se ha de hacerle aborrecer lo que ama y amar lo que aborrece; hásele de enseñar a poner por obra aquella sublime máxima del Evangelio que resume toda la perfección del cristiano: Niégate a ti mismo, toma tu cruz y sigue a Jesús con la cruz a cuestas. Hase de corregir siempre andando con el escardillo en la mano para arrancar la maleza de las malas pasiones y plantar y cultivar los retoños delicados de la virtud. Y esto no un día ni un año, sino toda la vida, pues es milicia la vida del hombre sobre la tierra desde que la carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne, hostilizándose perpetuamente. ¿Qué hacer, pues, en este trabajo? Acordarnos de lo que dice la experimentada Doctora: “la paciencia todo lo alcanza”.

no es obra de un día la formación del corazón en el orden moral, así como tampoco se forma el hombre en un día en el orden físico. Nuestro molde, dice Santiago, sea la conducta del labrador, que espera con paciencia el tiempo bonancible para la cosecha, temprano y tardío.

“Vos, Señor, decía san Agustín convertido a mejor vida, Vos, Señor, poco a poco, con paciencia, con mano suavísima y mericordiosísima, trocabais y componíais o rehacíais mi corazón. He ahí el modo del perfecto educador.

El célebre P. Girard de Friburgo, en los Avisos a un Profesor, lo que más encarga, y es como la base de sus métodos admirables de enseñanza, es la paciencia: “la paciencia, dice, es la virtud más necesaria a los que se encargan de la instrucción y educación de la infancia. Contad, no las veces que habéis repetido una cosa, sino las que os toca repetirla, y no os canséis jamás de repetir: la repetición es el alma de la enseñanza”. Así lo hacía además el Apóstol de las gentes al instruir a los primitivos cristianos en sus deberes, diciéndoles: “El escribiros las mismas cosas que ya os tengo dichas no me es a mí molesto, toda vez que os es a vosotros necesario”. No sucederá nunca que penetren las verdades en el alma de los pequeñuelos sin mucho trabajo industrioso, delicado, costoso; pero no dará sus frutos si no es con la ayuda del tiempo y de la paciencia.

Paciencia ejercitada por largo tiempo se necesita para fijar la atención y depositar las reglas en la memoria del niño, esto es, para imprimirlas en la superficie, digámoslo así, de su espíritu. Paciencia ejercitada por largo tiempo se requiere para activar o interesar la reflexión y penetrar el espíritu del niño las verdades que se le enseñen, de modo que se logre por fin que sea la verdad como el alimento del alma, su guía y su luz propia.

Como el espíritu del niño, y más aún de las niñas, es ardiente y ligero, todas las verdades o conocimientos que se adquiere, sobre todo si se dirigen a ordenar los efectos del corazón, se imprimen en él sin ninguna profundidad, y con la distracción y el tiempo se evaporan, digámoslo así, y sólo la repetición puede grabarlas y conservarlas de modo que no se le olviden jamás. Por esto quizá se ha dicho, mi buena amiga, que lo primero que se aprende es lo último que se olvida, por lo mucho que ha costado el aprenderlo.

¿Se cansa por ventura una madre de repetir una y mil veces una palabra a sus hijos cuando empiezan a desatar su lengua? ¿Cuánto menos, pues, nos hemos de cansar repitiendo, no unas palabras, sino unas verdades que han de labrar la felicidad temporal y eterna de la niñez? ¡Oh amiga mía! Si nuestra Seráfica Madre, que tan a fondo conocía todas las verdades, no se cansaba de repetir que la paciencia todo lo alcanza, con más justicia lo hubiese repetido en nuestro caso. Ella, madre espiritual de numerosísimas hijas que instruyó o formó su espíritu con nuevas máximas y reglas y género de vida, sabía por experiencia que esta virtud de la paciencia es la más necesaria en el trato, corrección y mejoramiento del prójimo.

Por esto aleccionada por una larga experiencia y en su humildad exclamaba en los últimos años de su vida: “no soy yo ahora la que solía en gobernar; pues antes lo llevaba por rigor y después se trocó en pacientísimo amor”, porque le daba mejores resultados.

Bien dices, pues, mi querida amiga, que después de conocer las verdades de nuestra santa Religión, sólo falta a los padres y maestros, para educar perfectamente a sus hijos, paciencia para enseñárselas y repetírselas a menudo hasta que se connaturalicen con ellas y sean la regla práctica de sus actos.

El Señor Jesús y su pacientísima esposa Teresa, cuyo lema era: “O morir, o padecer”, nos den su gracia y favor para continuar nuestra obra con paciencia y perseverancia, y podernos dar un abrazo eterno en su compañía, donde te espera tu mejor amiga,
LORENZA.

8- RT 109 (1881), 37-40; EEO III, 910-914

Mi querida amiga: Hemos probado en nuestras cartas cómo la educación en general, y la de la mujer en especial, debe de ser religiosa para ser perfecta, o que el fundamento de toda verdadera educación debe de ser la Religión, demostrando por este medio cuán falsas, absurdas y perniciosas son todas las teorías o sistemas tan en boga hoy día, que pretender que la Religión para nada ha de entrar en la formación de la juventud, que no se ha de hablar de la Religión ni se ha de enseñar en las escuelas, y por consiguiente la enseñanza debe de ser laica, esto es, atea. ¡Ah mi querida Teresa, si aun así y todo, siendo la enseñanza religiosa, teniendo el hombre el freno de la religión católica, creyendo y confesando que hay un Dios justo que castiga a los malos con penas eternas y premia a los buenos con premios eternos, son tantos los que obran el mal y se condenan, ¿qué será el día que las doctrinas de los doctores de la enseñanza atea sean norma de conducta o regla de vida de los hombres? Aquel día deberemos dejar las ciudades y marcharnos a vivir entre fieras en las selvas, que mejor y más seguros viviremos que no entre salvajes desnaturalizados.

Pero dejemos ya este punto que particularmente para las mujeres a se presta a importantísimas reflexiones, porque dado caso que pudiese el hombre pasarse sin religión, no así la mujer que todo se lo debe a ella. El día que la mujer deje de ser religiosa, dejará de ser mujer, para ser esclava, o una *cosa vendible*, o precio estimable, como en la antigüedad pasó y en pueblos sin fe está repitiéndose hoy día.

Mas no basta que la educación será religiosa para ser perfecta. Necesita otros muchos requisitos generales y particulares, los cuales iremos desarrollando en esta serie de cartas.

Hoy me toca prevenirte contra un escollo muy frecuente, que echa a perder los más nobles esfuerzos en la cuestión que nos ocupa.

A la necesidad de ser religiosa la educación, debe añadirse la de ser previsora, esto es, la educación debe darse atendiendo o mirando al porvenir probable de cada una de las niñas.

La educación no puede mirar tan sólo a la existencia actual de la niñez. El cumplimiento de los deberes de la infancia debe disponerles al cumplimiento de los deberes de su juventud y de su edad madura. Las obligaciones del colegio deben prepararles para las obligaciones sociales. No deben confundirse los medios con el fin y los trabajos y u ocupaciones con la mira o intención con que deben emprenderse.

Para determinar con acierto la clase de educación que se ha de dar a una niña, no debe sólo atenderse a un estado presente, sino a la posición social que probablemente ocupará en el mundo.

La mayor parte de las mujeres son desgraciadas en este mundo, porque su educación no corre pareja con su vocación. Son las pobrecillas tristes víctimas de una lucha que empieza con su entrada en el gran mundo y no se acaba sino con la vida. No hay defecto, vicio o mal hábito que con una perfecta educación no pueda corregirse si se sabe dirigir bien.

Mi idea a proposición, querida Teresa, la vemos demostrada por la experiencia. Penetremos en una familia y examinemos atentamente cuáles son las ocupaciones más ordinarias de una mujer; penetremos después en los colegios, examinemos atentamente cómo se preparan las jóvenes para desempeñar estas ocupaciones o deberes, y veremos demostrada esta verdad: que nada apenas se hace que corresponda a este fin.

Estudian allí por lo común algo de todas las ciencias, literatura, labores delicadas de adorno, etc. Preguntemos a una joven que muchos años ha estado en el colegio y que ha aprendido todos los programas de él, ¿qué le queda de todo lo aprendido, después de unos años de hallarse otra vez en el seno de su familia? Y os responde por lo común que todo lo ha olvidado, que a las más instruidas apenas se les ofrece ocasiones en la vida para hacer uso de su ciencia, y que no recogen de su falsa educación más que amargos desengaños.

Por fortuna, esta inconsecuencia es una gran bien, pues la mayor parte de las mujeres, a despecho de lo que se les ha enseñado, son por lo común buenas hijas, esposas fieles, madres piadosas que se distinguen por el cumplimiento de sus deberes y por la práctica de las virtudes modestas de su sexo que no se les inculcaron en el colegio.

Si nosotras hubiéramos de trazar un plan de estudio, mi querida Teresa, ¿no es verdad que quitaríamos mucho de accesorio y daríamos más importancia a lo esencial? ¿No valía mucho más la gran Isabel la Católica, que no se desdeñaba de hilar y coser camisas de su esposo D. Fernando, el cual mostraba con placer las mangas nuevas que había echado a su jubón viejo su virtuosa esposa, que no valen todas esas señoras y señoritas que llevan a mal el coser y aun el bordado por sus hijos y por sus esposos, por considerarlo ajeno de las ocupaciones de su rango? ¿No valía infinitamente más la gran Santa y gran Heroína española santa Teresa de Jesús, alma de temple tan semejante e igual a la reina Isabel, que a pesar de su noble alcurnia no se desdeñaba de hilar, coser y andar remendada, y quejándose al verse obligada por la obediencia a escribir obras inmortales, porque había de hurtar el tiempo que necesitaba para hilar, porque estaba en casa pobre y había de ganarse con esto la comida?

La educación actual, al contrario, por lo común se encamina toda a persuadir a la mujer que su destino es el brillar, agrandar y embellecer la sociedad por la coquetería y el buen tono, mas no a ser útiles y a contribuir al bien del prójimo por la abnegación y sacrificio y cumplimiento de sus deberes sociales.

De ahí resulta, mi buena amiga, lo que nosotras hemos tenido que observar y lamentar muchas veces, que merced a esta falsa educación, la mayor parte de las jóvenes son totalmente diferentes según se hallen en sociedad o en familia: las vemos serias, tristes, desabridas a más no poder mientras están en casa, y amables, complacientes y risueñas en el trato con los de fuera. Santos en plaza y diablos en casa, como nos decía la buena anciana doña Inés, que santa gloria haya. No sucedería esta desgracia, querida mía, si en el colegio se les hubiese enseñado, en vez de excitar la admiración del mundo y captarse los aplausos o benevolencia de extraños, a vivir vida de familia, o prepararse a cumplir sus deberes de familia.

La mayor parte de las madres, si estuviesen bien penetradas de sus deberes, y amasen en verdad a sus hijas, no descansarían hasta hallar para sus hijas una educación que llenase estas condiciones: no las enviarían a colegios en que aprendan a ser señoras y a no ser mujeres, necesitando al salir del colegio una criada para su hija, en vez de ser ésta la mejor ayuda de la madre: no consentirían fuesen a diversiones y fiestas del mundo donde el menor mal que resulta es el enervarlas y sacarlas fuera de sí, de su centro, de su estado social, y hacerles cobrar disgusto u odio al trabajo y a todas las ocupaciones útiles; cortarían en una palabra, de raíz, los efectos de una falsa educación, que no tiende a otra cosa más que a hacer nacer y dar pábulo a deseos insaciables y a necesidades ficticias que más tarde será imposible satisfacer.

Otro defecto gravísimo tiene la educación actual de la infancia, y es el cuidado excesivo en procurar apartar de ellas todo lo que les pueda ocasionar cualquier disgusto, privación, sufrimiento o sacrificio. Parece para la mayor parte de los padres que no reza con sus hijos la maldición que pesa sobre el género humano de comerse el pan con el sudor de la frente, y sobre la mujer de estar dependiente del marido y dar a luz sus hijos con dolor. Y como en este valle de lágrimas lo que más abunda son los dolores y sufrimientos, pues no hay gozo sin dolor, de ahí proviene que ante la realidad o verdad de la vida se desesperan o experimentan doble dolor.

Al contrario, es excelente medio de educación al enseñar a sufrir con calma y resignación cristiana a la niñez los pequeños sufrimientos y contrariedades de que la infancia, aun la más privilegiada, no se ve exenta, y que en los designios amorosos de la Providencia son como suave preparación para los mayores que les esperan en la juventud o edad madura.

Y no sólo, mi buena amiga, la educación debe darse mirando al porvenir probable de la educanda, sino también en vista de un porvenir eventual. Pero mucho me he alargado haciendo apenas otra cosa que indicar consejos o ideas, imitando ejemplos de quien más vale que tu amiga, y por eso reservo para la próxima concluir con algunas breves consideraciones. Adiós, querida Teresa. Cuida del porvenir de tus hijos, porque todo se pasa y la eternidad se acerca, y no olvides en tus oraciones a tu mejor amiga, Lorenza.

9- RT 110 (1881), 70-73; EEO III, 915-918

Mi buena amiga: Me dices en tu apreciada que te ha abierto nuevos horizontes mi carta última al indicar la conveniencia o más bien la necesidad de que la educación se dé a las niñas atendiendo a su porvenir probable, y me dices que de olvidarse este principio tan necesario para la perfecta educación estás viendo con dolor lo que pasa en casa de tu vecina, que modesta labradora en su

niñez, después de tres años de colegio ha vuelto a casa convertida en una señorita melindrosa y caprichosa, que en lugar de ser la ayuda y descanso de su virtuosa madre en las faenas domésticas, necesita una criada para ella sola, y que en el vestir, en el comer y en el dormir y en el trabajar ha mudado de tal suerte de condición, que no parece hija de padres trabajadores y hacendosos y honrados, que aunque viven en posición social muy desahogada, no obstante han de ganarse el pan con el sudor del rostro; sino hija de marquesitos o condesitos que se creen no comprendidos en el mandato de Dios de comer el pan con el sudor de su frente.

Cada día vemos y a cada paso repetidos estos ejemplos, por desgracia, lo que me hace sospechar que la sociedad se va desquiciando, porque cada pieza sale de su centro.

Demos gracias al Señor que no se nos ha dado tal educación por nuestras madres tan cristianas y tan españolas, que a la par que nos enseñaban a bordar en oro, nos hacían zurcir y remendar toda clase de ropa y cuidar el gobierno de la casa, y atender a los quehaceres domésticos más humildes. Porque todo es bueno saberlo, y si no necesitamos en el porvenir hacerlo, al menos sabremos mandarlo y corregirlo cuando se haga mal.

Pero ¡ay amiga querida! ¿Quién nos ha asegurado que no necesitaremos de todos estos recursos para vivir un día honrosamente, cuando todos los días vemos en los vaivenes de la vida a los que hoy nadaban en riquezas y delicias, servidos de todos y admirados de todo el mundo, al día siguiente hundirse en la indigencia?

Bien conocías tú a mi buena Leonor, de familia tan rica y tan distinguida que tenían palco en el teatro y no salían de casa sino en coche. Pues bien, hoy la tienes sirviendo de ama de llaves en casa del conde... y merced a su inteligencia, a su laboriosidad y a su buena educación, de tal suerte ha cautivado el corazón de sus buenos señores, que se gana el salario para ayudar a sus desgraciados padres, que sin ella, y sin la educación que recibió en su niñez, no les sería otra cosa en su desgracia más que pesada cruz. Además, como en la parte literaria está bien impuesta, no está lejano el día en que será el aya de las hijas del conde, y esto le proporcionará todavía nuevos recursos para poder socorrer a su desgraciada familia.

Por esto hoy día, no sólo la educación se ha de dar mirando el estado probable, sino aun eventual o fortuito que puedan tener las niñas.

Una palabra expresará nuestro pensamiento en este punto: Bástate a ti misma. Si lo supremo de la excelencia de Dios sobre todos los seres es el que sólo El se basta; y si sólo Dios basta es la suprema expresión que satisface a un corazón magnánimo, de ahí podemos calcular que tanto más perfectos serán los medios, y por consiguiente la educación, cuanto haga al hombre más perfecto en este estado, y pueda decir sólo Dios me basta, y con El solo a mí me bastó. ¡Oh! exclamaba la avisada Doctora desengañada del mundo y de sus burlerías: "Librenos el Criador de haber menester las criaturas", y es la verdad, decía la Santa amaestrada por la experiencia, que cuanto uno menos necesita amigos tener muchos.

Mas por desgracia no se piensa así en nuestros tiempos. Todo parece conspira a ilusionar a las jóvenes respecto de su porvenir real. Se les presenta en lontananza sembrado y matizado de rosas y flores, y al pisarlas sólo hallan abrojos y espinas. De esta ilusión nace que nada aprenden bien, nada con solidez, con perfección, porque no creen ni se fijan en la realidad de las cosas.

Semejantes a los viajeros que fatigados y muertos de calor y de sed viajan por los desiertos de Sahara y descubren, merced a la ilusión óptica llamada espejismo, oasis florecientes en medio del desierto, y corren desalados en pos de ellos creyendo encontrar allí descanso y refrigerio, y burlados al acercarse no hallan sino ardiente arena que les aumenta con el desengaño su tormento; así estas tiernas almas ilusionadas con los placeres y pompas vanas a cada paso en el camino real de la vida sufren una amarguísimo desengaño, que las hace tanto más desgraciadas cuanto más delicioso paisaje les pintaba su ardiente fantasía.

¡Pobrecillas! ¡Cuántos desengaños, cuántos sinsabores, cuántas amarguras, habréis de devorar antes de dejar este valle de lágrimas, este lugar de destierro! ¡Oh jóvenes, dice un sabio escritor que con sus consejos mucho nos sirve para dictar estas líneas, vosotras dais vuestro primer paso en el mundo como los que entran en un palacio encantado, en el cual una madre más ingeniosa que verdaderamente solícita de vuestro bien ha reunido todas las cosas, todos los objetos que os pueden dar gusto y placer. Sois niñas y ya se os trata como a una joven; os hacen cantar, bailar y gozar toda clase de diversiones y placeres, cuando os deberían enseñar las primeras oraciones del cristiano, y a ser modesta y obediente: entretanto llegáis a la época decisiva de tomar estado, que es el ideal, el objeto más bello y codiciado que os deslumbra con sus atractivos en este palacio encantado, y ¡ay! el matrimonio viene a desencantaros, a disipar esta ilusión. El anillo conyugal es la llave de oro, objeto el más ardiente de vuestros deseos; es la llave de oro, que os aprisiona en la realidad de la vida, y os revela la triste suerte que os espera.

¡Oh madres, madres cristianas! Por amor de Dios y por amor vuestro y de vuestras hijas yo os conjuro a que no obréis así. No seáis las cómplices, las verdugos y pervertidoras de vuestras hijas con una mala educación, que será el manantial inagotable de sus desdichas. Un día quizá no lejano, os maldecirán porque no habéis sido para ellas madres, sino seductoras. Mejor es que conozcan de antemano la verdad de las cosas para que se puedan prevenir contra los desmanes de la vida. Una educación más práctica, más seria y más sabiamente dirigida, en una palabra, más temerosa de Dios, contribuirá no poco a quitar la amargura a las miserias de la vida, las dispondrá a aceptar con resignación cristiana todas las pruebas que el Señor en su infinita sabiduría nos tiene preparadas para labrar las piedras que han de adornar el templo de la Jerusalén celeste.

En Teresa de Jesús y en sus cristianos padres hallaréis un perfecto modelo en este punto. Imitadlos y mereceréis bien de Dios, de la patria y de vuestros hijos.

Adiós, mi querida Teresa. Él te guarde con tus hijas en su santo servicio y amor, como le pide todos los días tu mejor amiga, Lorenza.

10- RT 116 (1882), 220-222; EEO III, 918-920

Mi querida Teresa: Quizá mi silencio te habrá hecho sospechar de mi cariño hacia ti. Mas no es falta de cariño, sino de tiempo, lo que me ha impedido pasar contigo aunque no fuese más que media hora al mes en amigable conversación. ¡Dios sabe cuánto me cuesta este sacrificio! Pues sacrificio es para mí, y no poco, el perder uno de los ratos más placenteros de mi vida, rato que me proporcionan las cartas que a tan querida amiga dirijo. Me enmendaré, pues, en lo sucesivo, si la barahúnda de negocios que me abrumba casi de continuo, me deja dos minutos de tiempo libre al día. Entretanto, acepta con agrado estas cortas y mal pergeñadas líneas, y lee en ellas el entrañable amor que te profesa tu mejor amiga, al ayudarte en la difícilísima tarea de la educación de tus hijos.

Uno de los defectos más capitales en la educación de los hijos es sin duda la falta de unidad.

Si todo sistema de educación no es más que una reunión de medios que tienden a un mismo fin, esto es, al perfeccionamiento de la niñez, claro está que, siendo único el fin, todos y cada uno de los medios que se empleen deben conspirar o ayudar más o menos eficazmente para lograrlo.

Es éste además uno de los defectos que se cometen con más frecuencia y que impide el desarrollo de todo plan de educación. Parece que unos se esfuerzan por destruir lo que otros con gran trabajo tratan de edificar. Tu misma, si te paras un poco a reflexionar lo que pasa en tu casa y en lo común de las cosas, me darás razón cabal.

¡Cuánta diversidad de educaciones recibe un infante antes de llegar a tomar estado! ¡Gran Dios!, espanta sólo el apuntarlo. Educación de la nodriza, educación del pueblo, educación de la ciudad, educación de los domésticos, educación de los maestros, educación del colegio, educación del padre, educación de la madre, educación del gran mundo, o de los salones... Y por lo común todas estas educaciones son opuestas, pues lo que hace la nodriza que vive en el pueblo, se lo deshace la vida de la ciudad; lo que hace el padre lo deshace la madre; lo que hace el maestro lo destruye el mundo, lo que hace el gran mundo lo deshace la vida privada, y así sucede que los niños nada adelantan, nada se mejoran, nada se perfeccionan.

¿No es ésta una verdad bien triste, amiga mía? ¿No es nuestra historia? ¿No es la historia de todas las niñas? Si la educación es un producto de perfección, y para formar este producto entra tanta diversidad de factores que los unos se destruyen a los otros, claro está que el resultado de la operación delicadísima de la educación ha de ser nulo, o menos que cero, negativo... Muchas veces me canso y desfallezco al ver el trabajo que cuesta inspirar algún efecto noble, alguna idea generosa en el corazón tierno de la infancia que, cual cera blanda, se presta a recibir la impresión que se le da; pero que esto desaparece al momento de salir a la calle, o llegar a casa, y ver un escándalo u oír alguna palabra soez.

No es así como se educa, amiga mía. Tú recuerdas cómo nuestros cristianos padres siempre iban acordes en los premios y en los castigos, en el amonestar y reprender, y no hallábamos en nuestro buen padre más que la confirmación de las palabras y ejemplos de nuestra cristiana madre. ¡Cuán fácil es así educar bien a la infancia! ¡Cuán difícil o imposible sin este concurso! Si las palabras y ejemplos del maestro son el eco de las palabras y ejemplo de los padres, la educación será completa. Todo progreso es imposible cuando no se ayudan las fuerzas unidas. Si no hay una concordia perfecta entre todos los que trabajan por educar, el trabajo será nulo.

Este es uno de los más graves inconvenientes de hoy día, pues aún en las familias virtuosas se nota este defecto, o esta contradicción. Unas veces una severidad extremada, al cabo de un momento una complacencia criminal: o se les deja hacer todo, o se les corrige con severidad hasta las cosas más pequeñas: la madre trata de disculpar lo que el padre cree un deber castigar. Una palabra de edificación y muchos actos de escándalo; con una mano se edifica lo que con la otra se destruye.

¿Qué ha de resultar de todo esto? Lo que vemos todos los días: niños sin respeto, jóvenes sin pudor, familias sin paz, padres con deshonra por la mala conducta de sus hijos... Haya, pues, unidad en el plan de educación. Concurran todos a desarrollar este plan; el maestro repita lo que dicen los padres, los padres confirmen las enseñanzas del maestro. Las amas de casa, las sirvientas ayuden o al menos no contradigan estas saludables enseñanzas, y está hecha la educación.

Esto te indicará, amiga querida, cuánto importa la elección de buenos maestros y criados, que a las veces con una palabra, con una sonrisa destruyen el trabajo ímprobo de muchos años de educación. Adiós, querida mía, cuenta siempre con las oraciones, aprecio y luces, aunque escasas, de tu mejor amiga para ayudarte en la gran obra de la educación de tus hijas. Lorenza

13 - RT 118 (1882), 280-282; EEO III, 920-923

Mi querida Teresa: Gracias al Señor que podré dedicar algunos ratos más largos a hablar contigo en estos meses, por haber un tanto descansado de mis diarias tareas.

Meditando en lo que somos, habrás podido descubrir más de una vez que nosotros naceos desordenados y que nada nos molesta tanto, al menos al principio, que el entablar y seguir un plan de vida regulado y ordenado. Ya el sapientísimo autor de los *Ejercicios Espirituales* hace notar en su preámbulo que su obra de santificación se dirige a ordenar la vida; y en verdad que no hay cosa que más nos importe y nos ofrezca mayor dificultad.

Mira, querida Teresa, perdido el mundo por no haber almas ordenadas; mira perdidas las casas, las familias todas, por andar al acaso, sin plan, sin ideas fijas sobre las cosas que más les importan. De aquí proviene, como de su principio, el desconcierto general; porque de esos pequeños arroyuelos, que apenas nadie hace caso, porque no se para en ellos, nacen después o se forman, juntándose todos en uno esos trastornos o cataclismos sociales, que hoy llamamos Revolución. Revolución que se sucede la una a la otra, siendo amenazados siempre de otra peor; porque aunque se trata de reprimirla en sus desbordamientos, no se corrige en sus principios; y esos principios son, no lo dudes, querida mía, la falta de orden en las familias, la falta de orden en los individuos.

Examina la conducta de tus pequeñuelos, y verás cuántas mudanzas hacen en un día, en una hora, en un minuto. Déjalas en manos de su consejo, y verás cómo su movilidad natural forcejea siempre por sacudir el yugo, por saltar la barrera del orden a la primera ocasión. De ahí es que un Padre de la Iglesia, San Ambrosio, no duda en atribuir a la movilidad de la mujer, más que a su malicia, la causa de su pecado.

A fijar, pues, o a ordenar esa movilidad e inconstancia es a lo que se dirige la buena educación. Y ¡ay del hombre que no ha empezado a llevar el yugo desde su infancia! Crecerá, y cuanto más crecido sea, más trastornos causará al mundo con su imprevisión y su impetuosidad mal reprimida.

Aún recordarás tú, mi buena amiga, la alegría que causaba cualquier interrupción del orden. Una fiesta inesperada, un rato de dispensa de clase, por una visita.. ¡Oh, qué placer nos proporcionaba! Era una de aquellas fortunas que no podíamos jamás despreciar.

¿Pues qué hacer en medio de esta volubilidad y falta de fijeza de nuestros pequeñuelos?, me preguntarás.

Lo primero que necesitas es mucha calma y presencia de espíritu; una invariable igualdad de ánimo; que seas, en una palabra, y te presentes delante de tus hijos siempre la misma.

Evita con sumo cuidado, querida mía, lo mismo una bondad excesiva que un rigor que raye en dureza; lo mismo la demasiada indulgencia que la extremada severidad. Esto haría que no supieran a qué atenerse los pequeñuelos, porque siempre disgustarían a sus superiores, y queriendo evitar un extremo caerían en otro.

No hay cosa por otra parte más propia para quitar todo prestigio a una Maestra que la inconstancia, que le hace hoy adoptar unos medios y mañana los abandona y busca otros. Nada es más funesto para la buena educación que la vacilación e imprevisión de quien la dirige, porque semejante conducta obliga a vivir en una incertidumbre continua. Andando a la ventura nos exponemos a que nos salgan al paso miles de dificultades y obstáculos que no sabremos vencer y entonces el prestigio de los maestros va por el suelo, y los discípulos se acostumbran a vivir una vida sin orden ni concierto.

Este defecto en los padres y directores de la niñez hace que difieran para mañana lo que hoy debieran hacer. Así sucede mucha veces que llega el momento supremo en que se debe obrar, y entonces comunica a sus alumnos una actividad ficticia. Estos, a quienes coge de improviso, creen hallar una excusa a su pereza o al mal éxito de la cosa, en la perentoriedad con que se ha dispuesto.

En lugar de una influencia dulce y continua, no se ejerce sobre los pequeñuelos más que una acción violenta y momentánea, que ningún fruto ni provecho causa en el alma de los niños. Semejante a una

lluvia tempestuosa de verano que pasa sobre la tierra, no para penetrarla y beneficiarla, sino para devastarla y perjudicarla, así es esta educación.

¿Y cuáles son los frutos de esta educación en el corazón del tierno infante? Los más funestos.

1. Fatiga y aburre el corazón de los niños sin ningún provecho
2. Les hace vivir en una indecisión funesta que les impide dedicarse a cosa alguna con seriedad.
3. Los lanza más tarde, sin ningún apoyo sólido, a merced de todas las tempestades de las pasiones.
4. Y por último, inconscientemente, estos maestros son los que mejor favorecen los planes de la Revolución, que todo su afán es por desquiciarlo todo, por sacarlo todo de su orden natural.

¿Quieres, querida Teresa, un remedio heroico, único para todos estos males o defectos de la educación? Si este defecto proviene de la falta de fijeza, de constancia, es a buen seguro porque no hay principios fijos, inmutables, eternos en quien dirige la niñez. No hay fe, no hay Religión práctica en quien así obra, pues sólo la Religión da estos principios. Sean, pues, el maestro, los padres prácticamente religiosos, y corregirán con suma facilidad este vicio capital de la educación de nuestros días. Nadie puede dar lo que no tiene.

Consérvate, amiga querida, en el santo temor y servicio del Señor, y esto mejor que los más brillantes sistemas te dará medios eficacísimos para corregir el vicio de la inconstancia, como lo desea tu mejor amiga.

LORENZA

14 - RT 119 (1882) 316-319

Mi querida amiga Teresa: Me dices en tu última que no deje de favorecerte a menudo con mis cartas, y que el deleite que recibes con su lectura sólo es comparable con el disgusto que te causa el sólo pensar que un mes has de tardar en recibir carta mía.

Me confunden tus buenos deseos, querida mía, que me revelan la bondad de tu corazón ansioso siempre de perfeccionarse y a tus hijas, pedazos de tu corazón. No obstante, esta misma tardanza te será un gran beneficio, pues te da más tiempo para reflexionar las verdades que te comunico, y por consiguiente de penetrarlas mejor, pues así como dice nuestra seráfica Maestra que no está el aprovechamiento del alma en pensar mucho sino en amar mucho, así también el aprovechamiento de lo que leemos no está en leer mucho sino en rumiarlo mucho y asimilárnoslo, para que nos sirva de nutrición y aliento. Las líneas que voy a dirigirte han de ser por lo prácticas, mi buena Teresa, unas de las que más te han de aprovechar. Repara que cada uno de mis principios está en oposición directa con alguna de las erróneas máximas que hoy día tienen más perniciosa influencia en la falsa educación. Hay un empeño extraño en querer de un momento hacer sabios a los niños, que lo aprendan todo, que lo sepan todo, que de todo entiendan, de todo hablen y nada saben con perfección. De ahí esa plaga de marisabidillas que llenan el mundo y los más delicados cargos, desordenándolo todo, trastornándolo todo, desquiciando a la pobre sociedad actual.

Digo, pues, mi querida Teresa, y sostengo que la educación, para ser buena, debe ser progresiva, proporcionada a la edad de las educandas. Basta enunciar esta verdad para admitirla, si se tiene un poco de sentido común, que por desgracia va hoy día haciéndose tan particular y tan raro, merced a los sofismas y errores que invaden el mundo, que luego nada tendrá de común más que el nombre. Lo que pasa en el mundo físico, eso mismo se cumple en el orden moral. Nadie de repente se hace sumo. Todo crecimiento súbito es contrito a la marcha de la naturaleza, que no obra ni hace sentir su acción más que de un modo insensible e imperceptible. Tengo para mí que precipitar la educación de los niños es querer coger fruto de un tierno arbolito al que no se le ha dado tiempo para germinar, desarrollarse y fortalecerse. ¿Podrán ser buenos estos frutos? De ninguna manera.

Las observaciones fisiológicas confirman esta verdad que la experiencia y la razón abonan. La comparación del estado del alma y del estado del cerebro en las diferentes edades prueba que es por grados correspondientes al modo de llevarse a cabo el desenvolvimiento de las facultades morales y de las físicas. En vano se intentará hacer producir a las facultades de un infante lo que es propio de un adolescente, o de un varón perfecto.

Dios, que todas las cosas ha hecho con número, peso y medida, ha proporcionado sabiamente los medios al fin; y en sus sabios designios ha querido que los órganos sean como los instrumentos del alma; y por lo mismo ha establecido entre éstos y las funciones que deben ejercer una relación tal, que el desenvolvimiento progresivo de los primeros indica el desenvolvimiento progresivo de los segundos. Al momento que nos apartamos de esta regla, hacemos violencia a la naturaleza; al exigir a estos órganos trabajos que no están en armonía con su desarrollo, atentamos a la conservación física y moral del infante. La experiencia ha demostrado ya plenamente que estos esfuerzos prematuros para hacer grandes sabios a los pequeños, en lugar de adelantar la educación, no han

servido para otra cosa que para retardarla, ¿cuál es, pues, la ley que el Autor de la naturaleza ha fijado al hombre en sus primeros años de desarrollo físico e intelectual?

Tres comúnmente se conocen. La existencia de los niños pasa por tres grados de desarrollo, que forman otras tantas épocas de su edad, y son: la infancia, la juventud, la adolescencia.

A cada uno de estos grados corresponde un modo particular de cultura y de educación.

El primer período, la infancia, tiene por objeto preferente o exclusivo la educación física. En esta edad primera el desenvolvimiento del organismo es muy rápido, mientras que el de las facultades morales es muy lento, y la inteligencia está como adormecida. Las sensaciones que ponen en comunicación al infante con el mundo exterior, la sensibilidad que despierta en él la alegría o la tristeza, con ocasión de un bien o un mal que experimenta, de una grande facilidad a recibir las impresiones exteriores; he ahí los caracteres de esta primera vida.

Secundando las miras del Autor de la naturaleza, la educación debe vigilar o procurar la conservación física del infante, evitando la negligencia y las sensaciones externas que le son igualmente nocivas. En cuanto a la parte moral, no debe dejársele tratar más que personas buenas, que le hagan una impresión saludable, y que exciten su sensibilidad con moderación por medio de acciones laudables.

Mas prosigamos. La edad de la razón o del discernimiento comienza en el segundo período, es a saber, la juventud. Distingue a este período un desarrollo considerable de los sentimientos o afecciones, y la necesidad que manifiesta el infante de ponerse en comunicación con todo lo que está a su alrededor. Él lo quiere ver todo, entenderlo todo, saberlo todo. Siempre está preguntando por las cosas que ve y los objetos que le rodean.

El desenvolvimiento de la inteligencia es muy marcado; mas se dedica principalmente a percibir las cualidades sensibles de los objetos y adquirir ideas sin tomarse el trabajo de coordinarlas.

La impresionabilidad resume toda la vida del infante en esta edad. Las representaciones, las descripciones, las comparaciones sacadas de objetos materiales, son medios muy eficaces para inculcarle la ciencia y la virtud. Muestra en general una grande aptitud para adquirir los signos del pensamiento. Por esto es entonces la época más a propósito para estudiar el dibujo, la música, el cálculo, las lenguas. En fin, una gran disposición a la imitación caracteriza este segundo período y podemos afirmar que en esta edad sobre todo es cuando los niños se inclinan al vicio o a la virtud, según que ellos se hallen rodeados de buenos o de malos ejemplos.

Esto mismo es lo que previene la gran Santa y gran Maestra en el arte de educar, Teresa de Jesús: "Considero algunas veces, dice la Seráfica Doctora, cuán mal lo hacen los padres que no procuran que vean sus hijos siempre cosas de virtud de todas maneras, porque con serlo tanto mi padre de lo bueno no tomé tanto en llegando a uso de razón, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho... Ahora veo el peligro, prosigue, que es tratar en la edad, que se han de comenzar a criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterte en él... Si yo hubiera de aconsejar, concluye, dijera a los padres, que en esta edad tuviesen gran cuenta con las personas que tratan sus hijos; porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes a lo peor que a lo mejor". (Vida, c.II)

¡Qué bien dicho por tan discreta Santa! ¡Ojalá su ejemplo y sus palabras sirvan de lección saludable y de enmienda a muchos padres descuidados de la buena educación de sus hijos!

Pero resta mucho que decir, querida Teresa, y temo fatigarte con mis largas cartas, aunque para ti sean tan sabrosas, pues recuerdo que lo mucho suele ser enemigo de lo bueno.

Mientras tú prosigues esta santa tarea de educar cristianamente a tus hijas y tu amiga e prepara para verte luego, al menos conversar por escrito contigo dispón del afecto que Jesús y su Teresa te profesa tu mayor amiga,

LORENZA